

DISCURSO VEINTIOCHO

DEL PECADO MORTAL

Quis ex vobis arguet me de peccato?

¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?

(JOAN., VIII, 46).

EXORDIO

2) AN EJEMPLO con que despierta la atención.

ARDÍA en tiempo de Carlos VII, rey de Francia, una guerra encarnizada en los campos de la Gascuña, entre franceses é ingleses; y como llevasen aquéllos la peor parte, enviaron á uno de los más distinguidos capitanes á que solicitase del rey los socorros tan deseados, y de viva voz expusiese á su majestad las necesidades del ejército, la ruina ó dismantelamiento de las plazas, los riesgos de la comenzada empresa. Llegado el capitán á la corte con gran celeridad, encontró que estaba el rey holgando muy entretenidamente con los cortesanos y grandes, y así tuvo que esperar largo espacio para conseguir audiencia. Finalmente, recibióle su majestad con notable cortesía, y tomándole de la mano condújole por las estancias y salones de palacio, ocupados aquí con tableros y juegos diferentes, allí con variedad y muchedumbre de instrumentos músicos, y comenzó á departir con él sobre las justas y lanzas que se prevenían en la corte para común regocijo y pasatiempo, sobre torneos, carreras y teatros. Parado estuvo y silencioso largo rato el discreto capitán á semejantes pláticas, hasta que, preguntándole el rey, según costumbre, qué le parecía de aquellas fiestas y aparato que se apercebían para de allí á

Narración sencilla:

profusión ó distraimiento del principio.

por enumeración

y distribución:

apofosis ó fina representación del vasallo

poco, forzado á responder: «Paréceme, le dijo con semblante como maravillado, que no se hallará en el mundo quien tan regocijadamente se esté arruinando como vuestra majestad». Entendió el rey la gracia, y, torciendo la conversación, oyó despacio é hizose cargo de los aprietos de su gente, de las ventajas y progresos del enemigo, y al punto dió orden cómo se proveyese á todo según el caso y la urgencia requerían.

f) Aplicación, con que se capta la docilidad.

Es de fe, mis amados oyentes, que no hay pérdida ninguna de este mundo, ni de fortalezas, ni de ciudades, ni de reinos, comparable con la pérdida del cristiano, cuando por un pecado mortal pierde miserablemente en un instante la gracia de su Dios. Y con ser así, como lo es, ¡oh quién pudiera rodear las casas y seguir los pasos de estos infelices! Veríaislos al mismo tiempo sentados á unos cabe la mesa de juego, á otros diciendo chistes y donaires en la tertulia, á otros danzando en el festín, á otros riendo descompuestamente en el lugar de las representaciones, sin más pensamiento que cómo pasarán tal noche en aquella tertulia ó velada, y tal día en el otro banquete ó pasatiempo.

fróntais, ó emblesos de los peccadores;

afóntais, y afectos de dolor,

por exclamación,

impresión táctica

y gradación.

γ) Granjease la benevolencia, por comunicación humilde

¿Es posible, ¡oh malaventurados pecadores!, que os arruinéis tan alegremente y perdáis tan sin dolor cuanto tenéis que perder en este y en el otro mundo? ¡Ah!, si en este mismo tiempo, en que os divertís y regocijáis con tanta paz, quisierais reflexionar un poco en la gravedad de vuestro estado y en lo terrible de vuestra pérdida, no imitaríais á aquel mal aconsejado príncipe; antes bien, ¡cuántas lágrimas de vuestros ojos, cuán amargos suspiros lanzaríais de vuestro quebrantado corazón! Arrojaríais desechados los instrumentos del juego, huiríais de las tertulias y reuniones, no pondríais más el pie en los circos y teatros; mas, volviendo las espaldas al mundo y cerrando los ojos á sus vanidades, os entraríais en lo más apartado de casa, y, allí derribados delante del divino acatamiento, lloraríais y gemiríais y sollozaríais muy entrañable y copiosamente hasta haber reivindicado vuestras pérdidas. Pero éstas no las veis, y así tampoco os pesan ni lastiman. ¿Por qué razón? Porque nunca pensáis en ellas; porque nunca queréis que

se os hable de ellas; tan lejos estáis de buscar un amigo fiel y discreto que os avise, un sacerdote celoso que os reprenda, diciéndole: *Quis ex vobis arguet me de peccato?* ¿Quién de vosotros me convencerá de culpa?

Perdonadme, con todo, mis amados oyentes, si, como el otro vasallo, os pido audacia, y os represento, á fuer de leal amigo, cuya felicidad consiste en vuestra felicidad, el estado de vuestra conciencia. Si os pareciere, por ventura, que no va nada en ello, seguid holgando á vuestro placer, porque señores sois y dueños de vuestras almas; mas si coquiereis y reconociereis vuestra calamidad y perdición, os preguntaré entonces maravillado: ¿Cómo es posible que exista en el mundo una cosa tan extraña y frecuente, por desgracia, cual es que un hombre ose reir con conciencia de pecado mortal?

por interrogación

PRIMERA PARTE

II

Primera serie. BIENES QUE SE PERDEN POR EL PECADO MORTAL.

Vuestras almas, si por ventura no lo sabéis, antes que os atrevieseis á pecar mortalmente, tenían una dignidad altísima, y tan excelsa y soberana, que no sólo erais amigos de Dios, mas amigos queridísimos; ni amigos sólo, mas hijos suyos muy amados; porque prohibiéndos su divina Majestad y adoptándoos á la filiación sobrenatural, os habia sublimado juntamente á la participación de sus atributos por la gracia, á la comunicación de sus prerrogativas, á la compañía de su reino, á la herencia de sus títulos y bienaventuranza; en una palabra, conforme habla San Pedro de todos los justos, al consorcio de la naturaleza divina: *Divinae consortes naturae*¹. Pues de tan excelsa dignidad caisteis por el pecado, ni ya Dios os tiene por hijos suyos, ni por amigos, ni por siervos de su casa, más por extraños y gente desconocida, como protesta claramente diciéndos:

Arg. 1.º Perdisteis la filiación divina.

por insigne gradación de la dignidad primera.

¹ 2 Pet., 1, 4.

v la desventura
presente.
Conclusión.

No os conozco: *Nescio vos* ¹; y, desheredados y desechados por vuestro Dios, ¿tenéis calma y vergüenza para reiros?

El infortunado Esaú, cuando se vió privado por su padre, no más que del mayorazgo, cuyos derechos, con la bendición de Isaac, pasaban á Jacob, sobresaltóle tal despecho, que de coraje rugía y se despedazaba, como un león herido súbitamente de enherbolada flecha: *Auditis Esau sermonibus patris, irruit clamore magno* ². Oyendo Esaú las palabras de su padre, rugió con grandes alaridos. ¡Oh amadísimos pecadores!; poco fuera que os hubiese despojado Dios de los sagrados derechos de la primogenitura, pues podría acaso tocaros otra inferior bendición que os consolase en vuestro infortunio: mas ¡oh dolor!, que hasta de la simple adopción de hijos os ha enteramente privado. Conque ya no os resta más bendición que la terrible maldición que Jesucristo, juez, hará resonar en las orejas de todos los condenados. Si murieris con el pecado, son palabras del Eclesiástico, vuestra herencia será la maldición: *Si mortui fueritis, in maledictione erit pars vestra* ³. Y ¡vosotros, misera-

bles, no sólo no rugis de pena con el desheredado Esaú, pero os holgáis y regocijáis con el favorecido Jacob!

Arg. 2.º Dios
OS HA DESAMPARADO:

III

¿De dónde nace tanta insensibilidad y desatino? ¿No sabéis que no mora Dios en vuestro corazón, ni vosotros vivís ya en el corazón de Dios? ¿No sabéis que están rotas las amistades y disuelta aquella maravillosa comunicación de recíprocos sentimientos que reinaba entre ambos? No se me esconde que por razón de su inmensidad asiste Dios á todas las criaturas y se derrama todo por todas partes, más anchamente que la lumbre del sol: *Totus ubique diffusus*, como dice con no menos brevedad que gallardía el glorioso mártir San Cipriano. Pero en el corazón del justo habita el Señor más singularmente, y por manera muy más regalada; por donde, ni el ángel cuando se apareció á Ge-

Transición im-
perfecta.

Dios mora en el
justo,

por testimonio;

deón ¹, ni el arcángel cuando saludó á nuestra Señora, acertaron á hacerles mayor honra que significarles cómo su divina Majestad moraba en ellos: *Dominus tecum* ². ¿A quién empero de vosotros puede hacerse con verdad tal distinción? Lejos está el Señor de los impíos: *Longe est Dominus ab impiis* ³, exclama el Sabio en los Proverbios. Desviado se ha de vosotros, más apartada y remotamente que el norte del sud y el oriente del ocaso, y antes se juntarán en amigable compañía el gavilán y la tórtola, el lobo y el cordero, que en una alma el pecado y Dios. Y sin Dios, ¿qué alegría puede sentir vuestro corazón? ¿ni qué sombra de paz en tanto desolamiento? Presente Dios en el alma, ¿á qué no arrostrará el hombre con el mayor esfuerzo?

Revolved las Escrituras divinas, y hallaréis que, en virtud de esta suavisima presencia, se alentaban los varones santos que tenían prendas de ella, y concebían esperanzas y pensamientos altísimos: *Ego tecum*. Yo soy contigo, dijo Dios á Isaac, animándole á no temer las celadas de los filisteos ⁴. Yo soy contigo, dijo al patriarca Jacob, cuando quiso esforzarle á que volviese á su patria ⁵. Yo soy contigo, dijo á Moisés, al enviarle como libertador de Israel de la ignominiosa servidumbre del Egipto ⁶. Yo soy contigo, dijo también al capitán Josué, para infundirle valor y que guiase con acierto al pueblo escogido ⁷. Yo soy contigo, dijo al profeta Jeremías, para enfervorizar su espíritu y que predicase entre gente proterva su verdad ⁸.

Pero quien está desamparado de Dios ¿qué puede esperar? ¿adónde volverá los ojos? ¡Ay de ellos cuando me aparte de ellos! *Vae eis cum recessero ab eis* ⁹, dice el mismo Señor por boca de su profeta. ¿No fué lo mismo para Sansón perder á Dios y perder su fortaleza? ¿Para Manasés, perder á Dios y perder la libertad? ¿Para Saúl, perder á Dios y perder el cetro y la corona? ¿Para Helí, perder á Dios y perder el sacerdocio? ¿Para Osías, perder á Dios y perder juntamente la salud? ¿Para Salomón, perder á Dios y per-

pero está lejos del
pecador,

por similes.

Los justos todo lo
tienen con Dios;

por autoridad

y repetición enfática.

pero los malos,
perdido Dios, todo lo pierden.

por conculación y coage-
ries.

¹ Judic., vi, 12.—² Luc., i, 28.—³ Prov., xv, 29.

⁴ Gen., xxvi, 24.—⁵ Gen., xxxi, 3.—⁶ Exod., iii, 12.

⁷ Jos., i, 5.—⁸ Jer., i, 19.—⁹ Os., ix, 12.

der las riquezas? ¿Para el pueblo de Israel, perder á Dios y perder con él toda ventura y prosperidad? Pues este mismo Dios, ¡oh pecadores!, pues este mismo Dios habéis perdido, y con todo vivís sin pena y sin la menor pesadumbre del mundo.

Conclusión.

Arg. 3.^o PERDISTIS TODOS LOS MÉRITOS. Luego... Hered.

IV

Pero ¿sabéis qué perdisteis, perdiéndole á él? Cosa cierta es que, aun dejando aparte otras pérdidas lastimosísimas, perdisteis los merecimientos de la vida pasada; por manera que, cuanto de bueno, de piadoso, de edificante hicisteis, cuanto atesorasteis trabajosamente, todo se cuenta por no hecho. Oid cómo su Majestad lo denuncia así por Ezequiel: Si el justo se apartare de su justicia, y obrare la iniquidad, siguiendo las abominaciones de los malos, ¿acaso vivirá? No, cristianos, no vivirá. Pues ¿qué será de él? No habrá más memoria, continúa el profeta, de las justicias que hizo y merecimientos que granjeó; mas en las prevaricaciones con que él prevaricó, y en el pecado con que pecó, en éstos morirá¹: *Omnes justitiae ejus, quas fecerat, non recordabuntur. In praevagatione qua praevagatus est, et in peccato suo quod peccavit, in ipsis morietur*². ¡Oh qué protestación tan espantosa, que hace temblar los corazones de piedra! Todas las buenas obras, dice Dios, que anteriormente hubiereis hecho, andan sepultadas ¡oh pecadores! en tan profundo olvido, que, si la muerte en esta hora os saltase y os arrancase de este mundo, jamás por toda la eternidad gozaríais del galardón de las pasadas obras, mas siempre por toda la eternidad estaríais padeciendo la pena y castigo del pecado presente.

y exposición oratoria ad terradum.

CONFIRMACIÓN de la fuerza destructora de un pecado.

¿Quién nunca, mis amados hermanos, creyera ser tanta la malicia y asolamiento de un pecado? Conque, si alguno de vosotros hubiese, como otro Santo Domingo Loricato, atormentado su carne con asperísimo rigor y continua peni-

¹ Si averterit se justus a justitia sua, et fecerit iniquitatem secundum omnes abominaciones quas operari solet impius; nunquid vivet?

² Ezech., xviii, 24.

tencia, y consumido su cuerpo con ayunos, y llagádole con cilicios, y desgarrádole con azotes, y despedazádole con abrojos y cadenas, si este penitentísimo varón muriese ahora de repente en pecado, ¿no le sirvieran de nada tan espantosas austeridades? De nada. Conque, si alguno de mis oyentes hasta aquí hubiese, á imitación de Santa Melania romana, distribuído su hacienda entre los pobres, y vestido desnudos, y rescatado esclavos, y sustentado huérfanos, y asistido á enfermos, y derramado por Cristo todas sus riquezas, si este misericordiosísimo varón muriese ahora de repente en algún pecado, ¿no le sirvieran de nada tantísimas limosnas? De nada. Y si hubieseis convertido á la fe católica más pueblos y naciones que un Javier, y escrito en defensa de la religión más volúmenes que un Tomás de Aquino, y arrostrado por la Iglesia más odios y enemistades que un Tomás, obispo de Cantorbery, y sufrido por Cristo más tormentos que un Clemente de Ancira; si hubieseis sobrepujado á un San Alejo en el menosprecio del mundo, á un Francisco de Asís en el rigor de la pobreza y desnudez; si hubiérais imitado en el claustro de las sagradas religiones á los santísimos monjes del monasterio Lirinense, y en los yermos y cavernas á los anacoretas de la Tebaida y de la Nitria, y sobre columnas apartadas á los portentosos Estilitas del oriente, y ahora de improviso tuvieseis la desgracia de morir en pecado, ¿nada os aprovecharían tantas obras virtuosas, nada tantos merecimientos acaudalados, nada tan sublime y excelsa santidad? Nada, hermanos míos, absolutamente nada, ¿por qué me obligáis á repetirlo? Todas las obras buenas que ejercitó, cuanto hizo, cuanto padeció, cuanto allegó, todo será olvidado para siempre: *Omnes justitiae ejus, quas fecerat, non recordabuntur*. ¡Oh pérdida! ¡oh desventura! ¡oh miseria digna de llorarse con lágrimas de sangre! Y vosotros, sin embargo de tanta ruina y tan lastimosa quiebra, ¿tenéis pecho y valor para reír y para holgar y para entonar cantares de victoria, como se regocijan los vencedores al repartir de los despojos? *Sicut exultant del victores, capta praeda, quando dividunt spolia*¹.

por enumeración de eschircidos méritos.

Santo Domingo,

Santa Melania,

San Javier,

Santo Tomás,

San Clemente,

San Alejo,

monjes,

ermitaños,

afectos de dolor y penitencia, por duplicación.

polisíndeton

y semejanza del vencedor.

¹ Is., ix, 3.

Conclusión por
repeticiones,

Sé, mis amados ayentes, que no habéis jamás allegado tanto caudal de merecimientos como los santos arriba dichos; mas, todavía, tantos ayunos como habéis ayunado en vuestra vida, tantas limosnas repartidas, tantos sermones oídos, tantas coronas y rosarios rezados, tantas confesiones, tantas comuniones, tantas penitencias, tantas misas, ¿dónde están ahora? ¿qué se han hecho? Nunca jamás ¡oh miserabilísimos pecadores!, nunca jamás habrá memoria de ellos en el acatamiento de Dios. ¿Y no lloráis? ¿y no os deshacéis en llanto? ¿y no prorrumpís en ayes de dolor? ¿y no estalla vuestro pecho de puro quebranto y pesadumbre? ¿y no henchís los aires de sollozos y bramidos congojosos?

y ayes de dolor y
arrepentimiento.

Arg. 4.º AMPLI-
FICACIÓN 1.ª por
semejanzas:

Si un pobre labrador hubiese plantado con grandes fatigas y no pequeña costa muchos y ricos árboles en las posesiones heredadas de su buen padre, de frutas tan exquisitas, tan variadas, tan preciosas y regaladas, que mejores no se vieron en los jardines de los reyes más opulentos, y cuando estuviesen cargados, y ya los frutos bien sazonados y maduros, á deshora de la noche se levantase una repentina tempestad que lo arrojase todo por tierra, y maltratase y destruyese en un punto, ¿qué sentimiento no tendría el infeliz, cuando á la madrugada entrase en su huerto y contemplase atónito el estrago? ¡Oh qué lágrimas! ¡qué de aullidos lanzaría con la fuerza del dolor! Verdaderamente parecería loco y hombre desatentado. Pues ¿qué tiene que ver este daño mezquino con el asolamiento causado en vuestra alma por el pecado? Porque, no solamente os ha arrebatado frutos más peregrinos y sabrosos al divino paladar, cuando estaban ya maduros y en sazón, mas fué tan furioso el vendaval, que dió en tierra con los mismos árboles, arrancándolos de cuajo: *Eradicans genimina*¹, como dice el santo Job; esto es, desarraigando del corazón los hábitos infusos de las virtudes cristianas, por manera que en el de-

ya del vendaval
que destruye el
huerto,

(exposición

y aplicación a mi-
nori)

V

plorable estado en que vivís es imposible que deis ningún fruto apacible á los divinos ojos y merecedor de vida eterna. Se ha secado la raíz de ellos, dice el mismo Dios por boca de Oseas, la raíz de ellos se ha secado; y ¿qué ha de resultar? Que no producirán ya ningún fruto de bendición: *Radix eorum exsiccata est: fructum nequaquam facient*¹.

Esta ruina y exterminio quería significar el Espíritu Santo al comparar el alma del malaventurado pecador, ya con una viña descepada y destruída por la furia de feroces jabalíes, como lo lloró David en el salmo setenta y nueve; ya con una casa robada y saqueada por la codicia de bárbaros ladrones que de noche la saltearon, como en el capítulo cuarenta y nueve amargamente lo deplora Jeremías; ya con una ciudad entrada á saco por el furor de insolente y desenfadada soldadesca, como en el capítulo décimoquinto lo lamentaba Job. Y ¿vosotros podéis, no obstante, reír en tanta desolación? ¿Para cuándo reserváis las lágrimas, si con ojos enjutos podéis contemplar vuestra alma, destruída, robada y asolada por el monstruo del pecado?

ya de feroces ja-
balíes;

ya de ladrones;

ya de un ejército
exterminador.

Conclusión de
llanto.

VI

Arg. 5.º
AMPLIFICACIÓN
2.ª: con compara-
ción de menos á
más.

De los judíos refiere San Jerónimo² que, después de perdida su hermosa Jerusalén y ocupada ya de los romanos, sus conquistadores, solían de diversos países comarcas congregarse un día determinado del año á llorar juntos tan lamentable pérdida con ceremonias y demostraciones las más extrañas que jamás usó gente desgraciada. Oído, os ruego, que es ciertamente la historia más triste del mundo.

Narración ilus-
trada y patética
del día del llanto.

Estábase severamente prohibido á los judíos, cuando aun vivía San Jerónimo, poner el pie en el recinto de Jerusalén, excepto en el día del llanto, que así llamaban el aniversario fúnebre de aquella jornada desastrosa, en la cual, inundando las legiones romanas la ciudad, y corriéndola á bandera desplegada, y desvenainados los aceros,

Exposición por
antecedentes his-
tóricos:

¹ Job, xxxi, 12.

² Os., ix, 16. —² In Soph., c. i.

acarrearon sobre ella la tremenda catástrofe. Pero ni siquiera en aquel día podían libremente entrar en la ciudad amada para sus lamentaciones, sin pagar antes una gruesa suma. Veriais á aquellos infelices no perdonar al dinero ni á la plata por lograr la dicha de llorar á su placer, disponiendo maravillosamente la divina justicia que viesiesen á comprar las lágrimas propias los que osaron comprar la sangre de un Dios ¹.

Llegado, pues, el prefijado día, juntábanse de todas partes aquellas gentes desventuradas en grandes bandadas y descompuestos pelotones: hombres y mujeres, viudas y doncellas, niños y viejos, comparecían todos vestidos de luto, destrenzado el cabello, la cabeza desgreñada, polvorientos los ojos bajos, el semblante fúnebre, melancólico, silencioso, en cuanto daban lugar los sollozos que se arrancaban, sin querer, de su oprimido corazón; mostrando manifestamente estampada en el traje, en el rostro, en todo el continente y ademanes la ira del Altísimo. Al tocar las puertas de la ciudad, reuníanse los tristes desterrados, y rompiendo á una en amarguísimo llanto, y golpeándose unos los pechos, otros mesándose la cabellera, y otros también dándose de bofetadas en el rostro, hacían su entrada en la lúgubre Sión. A la vista de sus calles, á la presencia de aquellas casas, muy otras y trocadas de lo que eran cuando las habitaron sus padres, renovaban con más vehemencia los sollozos, y luego, con ceremonia por un lado supersticiosa, por otro desgarradora, iban en derecha aquellos miserables en busca de su antiguo templo, constándoles que el tal templo no existía ya; y como no lo encontrasen, no se daban paz los infelices, sino que, corriendo desatinadamente de barrio en barrio y de plaza en plaza, vociferaban dando unos como aullidos lastimeros y llorando sobre las cenizas del Santuario, sobre el *Sancta Sanctorum* destruido, sobre las torres desplomadas, sobre los gazofilacios ya deshechos, sobre los pórticos derruidos, ora montón de escombros lo que fuera un tiempo la maravilla del mundo. A tan

¹ Et ut eis suae flere liceret ruinam civitatis, pretio redimunt, ut qui quondam emerant sanguinem Christi, emanat nunc lacrymas suas.

profunda tristeza se acrecentaba el horror y melancolía que derramaban en el ánimo los instrumentos músicos, que de cuando en cuando respondían lúgubrementemente á sus gritos y lamentaciones.

Efectos de la música.

Porque no faltaban en tanta solemnidad la majestuosa trompa y la citara, su compañera, mas no festivas como en otro tiempo, sino destempladas y roncadas, para que se verificase, como notó el mismo Santo, que las cítaras se trocarían en luto, y en duelo los címbalos, y las voces de júbilo en plañidos y voces de dolor: *Et vox solemnitatis versa est in planctum*. Así lloraban los desgraciados con incansable llanto muchas horas, cercados por doquiera de gente de armas concentrada en Jerusalén para asegurar la ciudad de cualquier tumulto ó alboroto, ya de los extranjeros y tantos advenedizos, ya de los naturales del país. Finalmente, forzados á partirse, no sabían los pobrecitos arrancarse de aquellos lugares venerandos, y suplicaban muy humildes y encarecidamente á los soldados que por misericordia les dejasen un poco más para llorar y desahogar su sentimiento; pero ellos, tan sordos á las súplicas como codiciosos de ganancia: Si queréis llorar más, pagad también más, les respondían. ¿Lo creeriais? Á trueque de recabar tal dicha, muchos se acomodaban á este partido; y, aunque pobres ó avarientos, echaban mano de la bolsa para rescatar con dinero unas lagrimas más, no hartándose de ellas su amargado corazón. Aún está el llanto en las mejillas, prosigue el Santo; aún están cárdenos los brazos y desgreñados los cabellos, y los soldados exigen una paga para permitirles llorar un poco más: *Adhuc fletus in genis, et livida brachia, et*

la citara trocada en luto.

Desenlace funeral.

el precio de una lágrima:

por visión,

et dialoquismo tácito sparsi crines, et miles mercedem postulat, ut illis flere plus liceat. Inhumanidad extraña, espectáculo horroroso, que hizo tanta mella en el corazón de San Jerónimo, que no dudó comparar al **día del llanto** el postrero del universal juicio; y así concluye con este terrible epifonema: Y ¿habrá quien ponga en duda, viendo este espectáculo, el día de la tribulación y de la angustia, el día de la calamidad y la miseria, el día de las tinieblas y la obscuridad, el día de la sombra y del torbellino, el día de la trompeta y del sonido? *Et dubitat aliquis, cum haec videat, de die tribulationis et angu-*

y comparación hiperbólica.

stiae, de die calamitatis et miseriae, de die tenebrarum et caliginis, de die nebulae et turbinis, de die tubae et clangoris?

Aplicación a fortiori.

¡Ah hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo!, venid acá y decidme: ¿Por qué he descrito tan minuciosamente este suceso, sino para en alguna manera comoveros con el parangón? ¡Gran cosa! Por la pérdida de un templo terrenal sentían los judíos tan incomparable pena, que se tenían por dichosos de poder comprar á peso de oro tiempo de llorarla; y no dudaban de arrostrar en tan supersticiosa ceremonia los insultos de sus enemigos, la mofa de la soldadesca, las risas y baldones del populacho, que concurría á burlarse de las lágrimas de un pueblo siempre lamentable y

1.ª parte.

2.ª parte; á mayor pérdida mayor insensibilidad.

por contraposición.

interrogación.

gradación.

antítesis.

Libato del predicador sobre el templo espiritual.

por honda prosopopeya.

jamás lamentado ni compadecido. ¿Y vosotros, sabiendo que habéis perdido, no ya el templo de Dios, sino lo que es más deplorable, al Dios del templo, tomáis tan corta pena, que, aun provocados continuamente á llorar y gemir tan grande ruina, atendéis sólo á reír y solazaros? ¿Cuándo jamás recogisteis vuestros derramados pensamientos, cuándo entrasteis dentro de vuestro corazón, buscando solícitos y preguntando congojosos: dónde está mi Dios? ¿Cuándo ni una sola vez os afligisteis ni llorasteis á tal pensamiento? Pásanse los días, transcurren los meses, torna el aniversario fúnebre de vuestra desolación, os acordáis de ello en vuestro interior y os decís: Hoy precisamente se cumple un año que me vengué de mi rival, que mancilló tal castidad, que satisfice á mis antojos: los predicadores os exhortan, los confesores os esperan para llorar amargamente tan gran desastre junto con vosotros; y vosotros, más obstinados, porfiáis en reír, y no sólo no pedís que os dejen llorar; mas, aun rogados é importunados, negáis una lágrima á vuestro Dios. ¡Ojalá pudiera yo con mi espíritu penetrar en vuestros corazones para soltar allí la rienda á mi quebranto! ¡Oh cuán inconsolable y sobresaltado clamaría: ¿Dónde está tu Dios? *Ubi est Deus tuus?* ¿Dónde está el lucido escuadrón de las virtudes que fortalecían y hermoseaban este templo? ¿dónde las riquezas y tesoros inmensos de merecimientos? ¿dónde aquella abundancia de copiosas gracias y dones del Espíritu Santo que aquí tenía su morada? ¡Ah ladrones infernales, bien se conoce quién ha entrado aquí

y saqueado con inaudita saña este pobre corazón! Echó mano el enemigo á todo lo más codiciado y deseable que en él había: *Manum suam misit hostis ad omnia desiderabilia ejus*¹. Cuanto de hermoso, cuanto de precioso había en el alma, todo lo robó. ¡Apagada está la caridad, medio muerta la fe, mustia y desmayada la esperanza, obscurecida la prudencia, debilitada la fortaleza, por tierra la templanza, vendida y aun degollada la justicia, y, lo que resume todos los males, perdido Dios!

ruina del alma por interrogación

y alegoría.

VII

¡Dios perdido! ¡oh felices pecadores, si en esto se rematasen vuestras desdichas! Pero el mayor infortunio vuestro, en mi sentir, no es haber perdido la amistad de Dios, sino haber incurrido, pecando, en su terrible indignación. Y, teniendo á Dios por enemigo, ¿os toma gana de reír, desventurados? Desventurados, ¿cómo no tembláis, teniendo á Dios por enemigo? Un caballero romano, de cuya causa debía conocerse en el Senado, como entendiése que Marco Tulio Cicerón, orador á la sazón señaladísimo, tomaba por su cuenta combatirlo, desmayó y vino á tal caimiento de espíritu, que de desesperación se dió la muerte. Y á vosotros ¿nada os importa tener á Dios en contra vuestra, en aquel pleito formidable donde se ventila la fortuna de vuestra alma, y de si habéis de gozar eternamente en compañía de los ángeles, ó arder y despedazaros eternamente con los condenados?

Segunda serie. MALES QUE ACARREA EL PECADO MORTAL.

Arg. 6.ª INCURRIDO EN LA ENEMISTAD DIVINA. Luego. Horad.

por ejemplo de menos

á más.

Pero harto decidido está ¡oh pecadores sin ventura! y declarado vuestro pleito. Desde el momento en que pecasteis, se fulminó contra vosotros la horrible sentencia de eterna condenación. Ya el infierno tiene abiertas sus fauces para tragaros: *Dilatavit infernus animam suam*²; ya los verdugos os esperan impacientes; ya os aguardan sus fuegos tragadores; ya sus furias y dragones, que son los demonios, están aparejados y con las bocas abiertas para haceros pedazos, en el punto que os resbale el único pie

Amplificase por corrección. — Y á esta dada la sentencia.

por hipotiposis ascendente.

¹ Thr., 1, 10.—² Isai., v, 14.

que os queda aún en la orilla del infernal derrumbadero. Y vosotros, puestos á la orilla de esos precipicios infernales, ¿osáis reir y jugar y saltar alegremente? ¡Oh gentes sin seso! ¡oh ciegos y embaucados hombres! ¿quién os tiene de la mano? ¿quién os da seguridad? ¿quién alienta vuestra confianza en tanto riesgo? ¿O podéis acaso precaveros por vosotros mismos?

Consecuencia por incremento y efectos de dolor, transición.

Arg. 7.^a
LAS CRIATURAS
TODAS ESTÁN
CONTRA VOS-
OTROS. Luego...
llorad.

VIII

Esto es lo que sobrepuja todo mal, y agrava vuestra dicha, ¡oh amadísimo pecadores!, que, habiéndoos enemistado con el Criador, todas las criaturas se han trocado en enemigos vuestros; y así, ¿qué maravilla si alguna de ellas, en vez de sosteneros en la fatal pendiente, os ayuda á despenaros? Sabiamente notó el bienaventurado San Agustín que, cuando un siervo ultraja á su señor, por el mismo caso irrita contra sí á todos los conserivos y familia del ofendido amo. «Si un criado, dice, se desvía de la amistad de su señor, no solamente enoja á su señor, pero acarrea sobre sí muy justamente la indignación de toda su casa y servidumbre»¹. De aquí que, cuando aquel villano de Semei injuriaba desde lejos al rey David, diciéndole mil baldones y arrojándole piedras, luego al punto los cortesanos se ofrecieron á porfia á vengar el ultraje de su rey, y á cortar de un tajo la cabeza del insolente: *Vadam et amputabo caput ejus*². Yo iré, decía cada cual, y le cortaré la cabeza.

Antec. porque enojas á su Hacedor y Señor.

por autoridad

y ejemplo de los siervos de David.

Aplicación de él por ilustrar procepeya.

Pues ¿quién ignora que todas las criaturas de este mundo, las racionales y sin razón, las vivientes y no vivientes, las sensibles é insensibles, todas son ministros de Dios y domésticos de la gran familia del sumo Hacedor? Y por esto, continúa el Santo, todas desean, en la manera que pueden, tomar venganza del desalmado pecador. Yo iré, grita la tierra, y le tragaré en mi seno. Yo iré, grita el agua, y le sumiré en mis abismos. Yo iré, grita el aire, y le derri-

¹ Si servus cujusquam a Domino suo recedat, non solum Dominum ipsum exacerbat, sed et totam ejus familiam justissime irritat, De dilig. Deo.

² 2 Reg., xvi, 9.

baré con el ímpetu de mis vendavales. Yo iré, grita el fuego, y le abrasaré con mis ardores. Y con estos aceros y ansias de servir á su Señor se ofrecen todas las nubes y tempestades, todos los vientos y torbellinos, todos los venenos y ponzoñas, todas las fieras y toda la braveza del mundo, gritando á una voz: Déjame á mí, y yo te vengaré: *Ego vadam, et amputabo caput ejus*.

y repetición enfática.

Ni toméis estas palabras en son de encarecimiento ó metáfora, sino como verdad muy llana. Porque ello es cierto, oyentes míos, que más poder tiene la criatura para dañar al malo, que á los justos é inocentes; ni tampoco ignoráis que mientras el hombre se conservó en el estado de justicia original, ninguna criatura osó lastimarle en lo más mínimo, como que tenía señorío sobre todas ellas. En consecuencia de esto, juzgó San Ambrosio que no tenían antes del pecado ni las rosas espinas, ni ponzoña la ciuita, ni veneno las serpientes. De donde vino á decir Procopio¹ que la causa por que el demonio tomó semejanza de serpiente, fué ser ésta entonces por su astucia y delicadeza el animal más doméstico y acariciado de la mujer, con que pudo engañarla más fácilmente el enemigo del hombre. Mas luego que se rebeló contra Dios, todas las criaturas se armaron contra él y se apercebieron á la venganza de su común Señor: *Armatae sunt in ultionem*. Si á alguno, pues, han de dañar, es consiguientemente, dice el Eclesiástico, que dañen más de ordinario á los impíos que á los justos. Los dientes de las bestias y los escorpiones y las serpientes y los basiliscos son para exterminio de los malos: *Bestiarum dentes, et scorpii, et serpentes, et romphaca vindicans in exterminium impios*².

Confirmación a causa.

las criaturas antes del pecado,

las criaturas después del pecado,

rebeladas contra el hombre.

¿Qué sería de vosotros ¡oh pecadores!, si en el lastimoso estado en que ahora vivís, remordiéndoos la conciencia de no haber restituído aquel hurto, ni reparado aquella fama, ni dado paz á aquel enemigo, de puro rencor y desabrimiento que tenéis; que sería, torno á decir, si alguna de estas criaturas alcanzase de Dios licencia para accecharos calladamente ó combatir de frente vuestra vida? ¿Qué sería si un animalejo ponzoñoso os mordiera sin que lo echaseis de ver?

Amplificación

y afectos de temor creciente,

¹ In cap. 2 Gen.—² Eccli., xxxix, 36.

por enumeración de peligros de muerte. ¿Qué sería si os anegaseis en las corrientes de un río? ¿Qué sería si os partiera de repente un rayo? ¿Qué, si os vierais sepultados debajo de las ruinas? ¿No quedaríais perdidos para siempre y condenada vuestra alma en los infiernos? ¿Cómo, pues, pregunto, os toma gana de reir en tanto riesgo? ¿Qué deleite puede haber, os diré con San Juan Crisóstomo, donde reina el miedo, donde domina el sobresalto, donde amenaza el peligro y la contingencia y la expectación de tantos males, y los tribunales sin apelación, y las acusaciones rigurosas; donde vibra la ira del juez, y luce la cuchilla, y levanta su brazo el verdugo, y se abre el bárrato, y suenan las cadenas que ya os arrastran? ¹

Consecuencia final.

por congeries del Crisóstomo.

Arg. 8.º
REFUTACIÓN 7.º—
Pero valdráme los SS. Angeles.

Res. A los justos sirvenles muy regaladamente.

por inducción histórica.

Mas no á los pecadores.

IX

¿Confíais, por ventura, en los Ángeles de la guarda que os defiendan en tanto peligro? Pero si bien ellos protegen y amparan á los justos, y velan continuamente en su ayuda, y van y vienen y se sujetan gustosos á toda suerte de servidumbre, por humilde que sea, sin desdeñarse de ello, como hicieron con San Aurelio, á quien ayudaban á componer el aposento; con Santa Cristina, á quien curaban las llagas; con San Antonio, á quien traían y llevaban cartas; con San Isidro Labrador, al cual conducían los bueyes y guiaban el arado; con San Basílides, á quien gobernaban la barca como expertos marinos; con Santa Landrada, á la cual, como ella se abriese la sepultura, ellos hacían de enterradores; y, por evitar prolijidad, con San Vandregisilo, quien, limpiando las cazarrías del vestido, le servían ellos de humildes y solícitos criados; mas reciben gran pesadumbre en prestar el menor servicio á los enemigos de su común Señor. Porque, mirándolos como tales y hechos cuevas de ladrones, ¿con qué gusto han de acercárseles? ¿con

¹ Quae enim potest illis esse voluptas ubi metus, ubi discrimen, ubi tantorum malorum expectatio, ubi tribulatio, ubi accusationes, ubi iudicis ira, ubi gladius et carnifex, ubi barathrum, ac deportatio? Hom. super illud Elevatum est cor Oziae. Tom. I.

qué afecto ni voluntad servirles en nada, ni aun acompañarlos en la peregrinación de esta vida?

No quiero decir que los bienaventurados espíritus, depu- ^(precaución teológica) tados por Dios á vuestra guarda, os desamparen por completo mientras estáis en pecado. Siguen en vuestra compañía, caminan á vuestro lado adonde quiera que os dirigís; no se desvían de vosotros, y van aun á aquellas casas de juegos tan disolutas, á aquellas reuniones tan mundanas, ^{por alusión} á aquellos lugares de vanidad y desenfreno; mas ¿cómo queréis que vayan? ¿con qué sentimiento os han de acompañar? Figúrase me, mis amados pecadores, que los estoy viendo allí, fuera de la estancia ó casa, mirándoos con lástima y llorando amargamente; y cuanto más os reís y soltáis la rienda al deleite y vana alegría, más lloran ellos y se deshacen en llanto. Veis aquí que, mirándoos de fuera, clamarán (son las precisas palabras de Isaías) y llorarán amargamente los ángeles de paz: *Ecce videntes, clamabunt foris, angeli pacis amare stebunt* ¹. ¿Cómo presumís, pues, que se interesen en vuestro favor é interpongan su poder y valimiento por los mismos que así los afligen? Y si os abandonan los santos ángeles, á quienes incumbe principalmente vuestra guarda, ¿quién os sacará de tantos lazos? ¿quién os librára de tantos peligros temporales y eternos que por todas partes os rodean? ¿Adónde irá la nave sin piloto entre bravas tempestades? ¿Adónde el carro sin conductor, ^{por símiles conglobados} el ciego sin guía, la oveja sin pastor, el niño pequeño, solo y desamparado, entre fieras y salteadores? Tal, pues, dice el gran Basilio, será á la larga el paradero de aquellos que, habiendo disgustado al ángel de su guarda, ó lo arrojaron de sí completamente, ó cuando menos lo alejaron con sus ingratitudes y desvíos. *Longe a peccatoribus salus* ².

Consecuencia ampliada.

y autoridad.

X

No os valdrá en esos trances peligrosos acudir á la oración, común refugio de todos los atribulados; porque ¿no

Arg. 9.º
REFUTACIÓN 8.º
Acudiré á la oración.

¹ Is., xxxiii, 7. — ² Ps. cxviii, 155.

sabéis que es tal vuestro estado miserable que, por mucho que roguéis, no seréis oídos en el divino acatamiento? Escuchad cómo os lo denuncia ya su Majestad en el primer capítulo de Isaías: Cuando multiplicareis vuestra oración, no os oír: *Cum multiplicaveritis orationem, non exaudiam* ¹.

¡Oh, y qué bien y cuán á su costa lo experimentó el malvado Antíoco, el cual, postrado de terrible enfermedad, recurrió al cielo con gran fervor y prontitud! Mas en balde; rogaba el malaventurado á nuestro Señor, de quien no había de alcanzar misericordia: *Orabat scelestus Dominum, a quo non esset misericordiam consecutus* ². Puesto que en un solo caso es oída infaliblemente la oración del pecador, á saber, cuando pide de veras perdón de sus pecados. En los demás, nuestro Señor no suele de ordinario dar oídos, si no es por ventura para su mayor desgracia; y así, como advierte el eximio doctor Francisco Suárez, no hubo misericordia para Antíoco, porque no pedía la remisión de sus culpas, sino el recobro de su salud. Conque, si vuestras oraciones más fervorosas y entrañables no suben al cielo mientras vivís

que oraba para alcanzar la salud.

Confirm. Vuestra oración no sólo no será oída.

sino abominable á Dios.

Amplificación.

excluyendo al pecador

en pecado; si, por el contrario, son abominables, son execrandas, según la espantosa sentencia del Espíritu Santo en los Proverbios: Quien desvía sus oídos para no entender los mandamientos, su oración será maldita: *Qui declinat aures suas ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis* ³, ¿qué estado más infeliz que el vuestro puede imaginarse? ¿Adónde volveréis los ojos para hallar socorro en vuestras necesidades, esfuerzo en vuestros desmayos, felicidad en vuestros negocios, protección y ayuda en vuestros peligros? ¿Ensalzaréis con David el nombre del Señor? Pero ¿no oís que no os quiere el real profeta en el coro universal de las criaturas? No es grato á Dios el himno en boca del pecador: *Non est speciosa laus in ore peccatoris* ⁴. Que por esta razón, como nota delicadamente San Crisóstomo, si bien convidó el santo profeta á que salmodiasen con él todas las criaturas del universo, aun las más feas y espantables; si bien convidó á las sierpes, á los dragones, á

los áspides y escorpiones venenosos, mas nunca llamó ni convidó á los pecadores. Dijo, es verdad, *laudate Dominum dracones*; pero jamás *laudate Dominum peccatores*. ¡Tan cierto es que hasta las alabanzas le dan asco, cuando salen de un corazón delincuente! Oid las palabras del glorioso santo: Los escorpiones, las víboras, los dragones y basiliscos son provocados á engrandecer al Señor. ¿Quién es el excluido de este coro y universal concierto? Sólo el pobreco, el ciego, el miserable pecador: *Scorpii, serpentes, dracones invitantur ad laudandum Deum; solus peccator ab hac sacra chorea excluditur* ¹.

del coro universal de las criaturas.

¿Qué haréis, pues? ¿Derramaréis muchas limosnas? Dios detesta ahora vuestro dinero. ¿Haréis largas y trabajosas romerías? Dios desdeña ahora vuestras visitas. ¿Emprenderéis grandes rigores y austeridades? Dios no acepta ahora vuestros ayunos. Haced cuanto queráis, derramad, corred, maceraos y enflaqueceos; mientras viváis en pecado, ninguna obra será meritoria ni agradable. Vuestro incienso me es abominación, así lo testifica Dios por Isaías; vuestras juntas son perversas, vuestras calendas y festividades del año aborreció mi alma; molestas me son y enojosas, y paso trabajo en sufrirlas: *Incensum abominatio est mihi: calendas vestras et solemnitates vestras odioit anima mea: laboravi sustinens* ². Sí, le son enojosas, ni merecen nada en su acatamiento las misas que oís, ni los ayunos que guardáis, ni el asistir á los sermones, ni el visitar enfermos, ni el dar hospedaje al peregrino, ni el vestir desnudos, ni otro cualquiera ejercicio virtuoso ó de misericordia; y puesto caso que (notad bien lo que digo), y puesto caso que sea mucho mejor ejercitar tales obras que dejarlas de ejercitar, porque mirando á ellas se mueve la divina clemencia á comportar con mayor longanidad y sufrimiento á los tales pecadores, como enseñan los teólogos, que por esto dice que pasa trabajo en sufrirlos, mas al fin los sufre, *laboravi sustinens*; pero todavía prevalece la terrible verdad de que tales obras sin caridad son obras muertas.

REPUTACIÓN 1) — Haré buenas obras.

Resp. Es por demás mientras sigáis en pecado.

por subyección,

confirmase por autoridad

y amplificación por enumeración.

Circunspección oratoria

conclusión

¹ Is., I, 15.—² Macab., IX, 13.

³ Prov., XXVIII, 9.—⁴ Eccl., XV, 9.

¹ Hom. quando presb. est designatus.—² Is., I, 13-14.

XI

ARG. 10.^o
PERORACIÓN por
afectos de temor,

¿Qué os resta, por tanto, en condición tan triste y desconsoladora, qué os resta, amadísimos pecadores, sino aguardar el golpe de todas las criaturas conjuradas en vuestro daño, del cielo y de la tierra, del agua y del fuego,

por recapitulación y prosopopeya de los demonios,

de las bestias fieras y de todos los elementos; y que los demonios por fin recaben de Dios la suspirada venia de embestir rabiosamente contra vosotros y arrancaros el alma de las carnes, diciéndose unos á otros y animándose á porfia: Dios le ha desamparado; persigámosle, arrebatémosle, ahérrójémosle, pues es nuestro: *Dicentes: Deus dereliquit eum, persequimini et comprehendite eum, quia non est qui eripiat?*¹

por afectos de pasmo ante los pecadores insensibles.

¿Y vosotros sois tan ciegos y desavisados, que en vez de llorar vuestra perdición os reís y regocijáis? ¡Oh locura! ¡oh prodigio de insensatez! No me maravillo que duerma un San Pedro entre los hierros de Jerusalén, y un Pablo en las cárceles de Filipos; maravillome que, en riesgos tanto más inminentes y terribles, duerman los pecadores alegres y tranquilos, no de otra manera que si fuesen justos. Y sin embargo, ello es así; hay impíos, escuchad las gravísimas palabras del Eclesiastés, que viven tan asegurados como si hubiesen hecho las santas obras de los buenos: *Sunt impii, qui ita securi sunt, quasi iustorum facta habeant*². Yo, cierto,

Conclusión final

jamás lo comprendí, sino considerando que nunca piensan los desventurados en su gran desdicha, ni reparan en los infinitos estragos del pecado. Mas ya que vosotros lo habéis oído de labios de un siervo y hermano vuestro, pero siervo fidelísimo y hermano amantísimo, confesadme la verdad: ¿no es un linaje de prodigio y monstruosidad que un pecador ose reír ni tomar placer en cosa de este mundo?

por comunicación.

¹ Ps. LXX, 11. — ² Eccli., VIII, 14.

SEGUNDA PARTE

XII

TRANSICIÓN:

¿Quién sabría decirme, mis amados oyentes, por qué, haciendo el pecado al alma tan gran daño como hemos visto; todavía se estima en tan poco? Héosla aquí; precisamente porque sus estragos son en el alma. Si cada vez que uno suelta una blasfemia se le hinchase la lengua horriblemente; si á cada hurto que hace se le paralizase la mano al robador; si á cada estafa se trastornase el juicio al mentiroso; si cada acción deshonesta le costase al carnal una lepra asquerosísima, ¿creéis que habría en el mundo tantos blasfemos, tantos ladrones, tantos embusteros, tantos lascivos y carnales? Pero como el estrago del pecado es en el alma, es todo interior y espiritual; por esto no impresiona apenas á los hombres. Maravillosa es la condición del rayo: cae acaso en una arca llena de oro; pues toma el oro, lo derrite, lo reduce á ceniza, y déjala por de fuera tan intacta que, mirándola exteriormente, no parece que haya sufrido menoscabo. Ved aquí lo que obra el pecado en el hombre; es rayo abrasador que consume los tesoros espirituales y deja en su ser el cuerpo. Reduce á un rey como David á la miseria y á la nada, mas déjale como de primero el cetro en la mano, la corona en la cabeza, las piedras preciosas en el cuello, y la clámide de púrpura en los hombros; y el pobre rey no echaba de ver tanta ruina y desventura: *ad nihilum redactus sum, et nescivi*¹. ¿Qué fué menester para que abriese los ojos? Un Natán que le rasgase el velo y disipase las tinieblas. Yo he sido hoy el Natán enviado por Dios para convenceros del pecado: *Argui vos de peccato*; yo intenté descubrirnos sus desastres, y así me persuadido que estáis convencidos profundamente de cuán grande y enorme es vuestro daño, aunque con los ojos no se vea;

¿Por qué no lloran los pecadores tantos males? Porque son en el alma.

A contrario por enumeración

y repetición;

por símil de la centella.

y ejemplo del rey David.

Aplicación y remate.

¹ Ps. LXXII, 22.

y que por lo mismo vuestro interés propio, vuestro sosiego en esta vida y bienaventuranza en la otra, os mueven á lágrimas y contrición, no á risas y vanos pasatiempos.

Amplificación por afectos de amor y gratitud.

XIII

Mas no quiero ponderar más ni hacer valer estos motivos. Imaginemos que el pecado no acarrea mal alguno; demos, por el contrario, que trae consigo toda paz y prosperidad. Decidme, os ruego, ¿cómo es posible, no obstante, que riáis tan livianamente, sabiendo que tenéis disgusto á aquel Señor de quien recibisteis todo bien? Disteis enojos á aquel que os hizo de la nada, al Dios eterno, como lo lora el profeta Baruc: *Exacerbastis enim eum, qui vos fecit, Deum aeternum*¹. Y ¿qué os ha hecho Dios, pecadores amadísimos, qué os ha hecho para que gustéis tanto de ofenderle? Si fuese algún enemigo capital vuestro, que de continuo hubiera acechado á vuestras fortunas y vida, todavía entonces por ventura os permitiera que tomaseis placer en lastimarle. Mas, siendo como es vuestro más insigne y magnífico bienhechor, vuestro Padre, vuestro Criador, que os sacó á la luz de este mundo, *qui fecit vos*, ¿cómo, en lugar de sentir sus ofensas, os holgáis y divertís?

Transición perfecta por coacción.

—¿Qué mal os hizo Dios?

Ilustración oratoria

por ejemplo de San Policarpo.

1.ª parte. La actitud del tirano.

Aquel santísimo obispo de Esmirna y gloriosísimo sucesor de los Apóstoles, Policarpo, fué citado, en su edad muy avanzada, ante el tribunal del procónsul como adorador de Jesucristo. La fama de su entereza y virtud y la majestad de sus canas le granjaban, no obstante la ceguedad de los gentiles, benevolencia entre los enemigos y veneración entre los idólatras. El mismo tirano que primero le citara como reo para matarlo, deseó después salvarle como inocente. Mas, como no pudiese acabar con él ni por ruegos, ni con promesas, ni con espantos y amenazas que renegase de la religión cristiana, vino por fin á proponerle que si no de corazón, pero al menos con la lengua, blasfemase una sola vez el nombre de Jesucristo; que si tal hacía, él

¹ Bar., iv, 7.

le daba palabra de enviarle á su iglesia desde luego, no sólo libre y sin infamia, pero muy honrado y con presentes que pensaba darle. A tan diabólica proposición horrorizóse el santo viejo, y alzando los ojos al cielo: Hace, dijo, ochenta y seis años que sirvo á mi Rey y Señor, y hasta hoy no he recibido de él ninguna mala obra, ni me ha dado ninguna pesadumbre; antes me ha guardado y colmado de beneficios; ¿cómo quieres, pues, que ultraje á tan bueno como yo? Así dijo; ni cedió un punto á la entereza de voz la magnanimidad y constancia de sus obras; pues á vista de la hoguera, que ya se aparejaba ante sus ojos, alegre y regocijado se descalzó por sí mismo, quitóse la vestidura que traía, y, subiendo al altar del sacrificio, se acomodó en él, no como reo que va á morir, mas como combatiente fatigado que va á recibir el laurel de la victoria.

¡Ah, hermanos míos muy amados!, y ¿cuándo mereció este Señor que le ofendieseis vosotros tan desenfadadamente, que tenga que exclamar por boca de su profeta: ¿Por ventura queréis tomar venganza de mí? *Nunquid ultionem vos reddetis mihi*². Parad mientes en ello; ya en muchos de vosotros comenzó por la edad á arrugarseos la cara y á nevarseos los cabellos; mas ¿podéis con verdad decir que habéis recibido de él en tantos años ningún mal tratamiento? Hablad libremente, hablad con la mano en el corazón: ¿qué maleficio os ha hecho, qué pesadumbre os ha dado durante tan largos años, que por ello mereciese su Majestad tan mal retorno que os vengueís ahora contra el Señor, según la expresión de Joel³. ¿Mereció acaso esta venganza cuando os sacó misericordiosamente de los abismos del no ser á la participación de este aire, de esta lumbre, de esta tierra? ¿Merecióla, porque os hizo nacer de padres tan honrados? ¿Merecióla por ventura cuando, destinando para otros las selvas incultas, las islas yermas y desamparadas, las naciones sepultadas aún en la noche de la infidelidad, á vosotros

2.ª parte. La entereza del mártir.

en las palabras,

en las obras.

Aplicación

por enumeración

4.ª interrogación ternaria;

por enumeración de beneficios que os ha hecho.

¹ Octoginta sex annos illi jam inservivi, et nullo me hactenus affecit incommodo; quomodo igitur regem meum, qui me ad hoc usque tempus servavit incolumem, contumeliosis verbis possum afficere?

² Joel. iii, 4. —³ Ibid.

como Criador y
proveedor;

de castigos que os
ha enviado como
Padre,

de lo que padeció
por vosotros co-
mo Redentor.

por licencia,

expolién,

os señaló para vivienda un suelo tan hermoso, bajo un cielo más hermoso todavía? ¿Mereció tan fea venganza cuando os dotó de tantos talentos y habilidades, ó cuando os levantó con oficios tan honrosos, ó cuando os proveyó de riquezas tan copiosas, ó cuando os dió tanta y gloriosa descendencia? ¿Cuándo mereció esa venganza, decidme, cuándo la mereció? Porque, de otra manera, yo no comprendo, cómo, tan favorecidos de Dios, recibís tanto placer en ofenderle.

Bien puede ser, no lo niego, que en el curso de vuestra larga vida os haya afligido acaso con alguna dolencia corporal, ó visitado con alguna tribulación. Mas si lo hizo su divina Majestad, está bien seguros que no lo hizo de aborrecimiento que os tuviera, sino de entrañable amor y deseo de vuestro bien. Los azotes del Señor con que nos hieren como á malos siervos, creamos, decía la esforzada Judit, que son para nuestra enmienda, no para nuestra ruina y perdición: *Flagella Domini, quibus quasi servi corripiamur, ad emendationem et non ad perditionem nostram evenisse credamus*¹. ¿Cuándo, pues, ha merecido tan larguísimo y finísimo bienhechor tal descomedimiento y fea correspondencia de nosotros, que debamos concluir con la misma Santa que lo hacemos en venganza y desahogo nuestro? *Nos ergo non ulsciamur nos pro iis quae patimur*². ¡Ah! Ya adivino cuándo lo mereció; ¿sabéis cuándo? Cuando desnudo se dejó enclavar en un madero como público criminal; cuando se dejó taladrar las sienes con agudísimas espinas, descuyuntar los huesos con los cordeles, horadar las carnes con los clavos, despedazar todo el cuerpo con sangrientos azotes; entonces lo mereció su Majestad. ¿No es así? Pues, si tenéis razón, vengaos enhorabuena, vengaos de las malas obras que os ha hecho, *ulscimini contra Dominum*: no seré yo quien os prive del placer de la venganza. Id otra vez y pisotead esa sangre que os rescató del infierno; blasfemad de aquel nombre que os ganó la verdadera salud; injuriad hasta saciaros á aquel benditísimo Señor que por vosotros se hizo oprobio de los hombres y desecho del mundo. Veis-le, aquí está vuestro ofensor, aquí viene vuestro enemigo:

¹ Judith, viii, 27. —² Ibid., 26.

tomad, pues, la venganza que queráis. Vengaos, sí, de estas carnes sacratísimas llagadas por vuestro amor, de esta cabeza divina espinada por vuestro amor, de estos ojos sangrientos y cegados por vuestro amor, de este costado partido y roto por vuestro amor, de estos miembros sacrosantos, ya destrozados todos por vuestro amor. Que si Cristo tanto os ofendió con padecer tan inestimables dolores y deshonras sólo por haceros bien, razón sobrada tenéis ¡oh pecadores! para vengaros de tan inusitadas ofensas.

Mas si, por el contrario, este mismo respeto os debe mover más que otro ninguno á amarle y servirle muy de veras, ¿qué significa ya esa complacencia en ofenderle? ¿Me negaréis, pues, ¡pecadores míos muy amados!, me negaréis la demanda que os hago en nombre de mi Señor y vuestro, que no salgáis de este sagrado templo sin haber antes detestado vuestras culpas con tanto pesar y quebrantamiento de co-razón, como placer tomasteis hasta hoy en cometerlas? Ea, hermanos míos, por la sangre de Jesucristo, por sus dolores, por cuanto os pueda mover á compasión de un Dios crucificado por vuestro amor, antes morir que pecar, morir mil muertes primero que pecar. Póngase aquí la última barrera á los pasados extravíos. No más pecar desde este día. Perdónense las culpas hasta ahora cometidas, ó á la irreflexión de los pocos años, ó á fragilidad del corazón, ó á la rebeldía de los apetitos mal domados, ó á las sugerencias del demonio. En lo porvenir sería intolerable desvergüenza querer holgarnos á costa de un Dios amorosísimo, y con desacato de su infinita Majestad. Baste el tiempo pasado, os diré con las bellísimas palabras de San Pedro; baste el tiempo pasado, para cumplimiento de sus antojos, á los que caminaron hasta aquí en injurias, en torpes concupiscencias, en embriagueces, en glotonerías, en destemplanzas, y, si quieremos también, en ilícitos cultos de ídolos, comoquiera que todo pecado, rigurosamente hablando, no es otra cosa que un linaje de oculta idolatría¹.

E.hortación efí-
caz.

por obstaculón,

á dolerse de las
culpas pasadas,

á proponer la en-
mienda en lo fu-
turo,

por testimonio
sagrado.

¹ Sufficiat praeteritum tempus ad voluntatem gentium implendam iis, qui ambulaverunt in luxuriis, desideriiis, vinolentis, comessionationibus, potationibus, et illicitis idolorum cultibus. 1 Pet., iv, 3.

Arg. último. De la inmensidad de Dios bienhechor.

XIV

Y si, á pesar de todo, no se ha ablandado la dureza de algunos de mis oyentes, y porfiáis aún en tomar por donaire el ofender á tan buen Dios, hasta que más no podáis, veisme aquí que, derribado á vuestros pies, os suplico una gracia al menos, que me habréis necesariamente de otorgar en recompensa de los sudores que por vuestra causa estoy vertiendo, y de la sangre que derramaría gustoso por vuestro bien; y es, que para ofender á la divina bondad os encaminéis á un lugar donde la vista de los beneficios de Dios no os dé en rostro con vuestra inhumanidad é ingratitud. Mas ¿adónde iréis? ¿dónde os esconderéis? ¿En las granjas y alquerías que Dios ha abastecido para vosotros de tantos frutos? ¿En los prados y jardines que Dios ha vestido para vosotros de tantas flores? ¿En los montes donde para vosotros tiene Dios los manantiales de las aguas? ¿En los valles que Dios fecunda para vosotros de tantas viñas y sembrados? ¿En las selvas que para vosotros ha poblado Dios de tantas fieras? ¿En el mar donde os guarda Dios regaladísima pesca? ¿Adónde iréis que no os deslumbrase ese sol que tan encendidamente por vosotros resplandece, ó no os cobijen esos cielos que por vosotros tan inflatigables van siempre volteando? En las mismas tinieblas os hallaréis con el aire que por beneficio divino respiráis, y ese aire, aunque otras criaturas callen, bastará, si pecáis, para condenaros de desleales y desconocidos. Andad donde queráis, que llena está toda la tierra de las misericordias del Señor: *Misericordia Domini plena est terra*¹, que es decir: No hay rincón en el mundo donde podáis pecar, si ya no llegasteis á tal extremo de crueldad y barbarie, que tengáis vuestro gusto en ofender dondequiera á aquel Señor que tiene el suyo en cercaros por todas partes de sus regalos y misericordias.

¹ Ps. cxviii, 64.

Transición por depresión muy mildísima.

Confirmación por enumeración

é interrogación.

por incremento

y afectos de temor

y de vergüenza.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO VEINTIOCHO

Asistamos á la **concepción** de este discurso en la mente del orador. Empapado su entendimiento en la lectura de los Padres y autores ascéticos¹ acerca de la gravedad del pecado mortal, encendido su pecho con larga y fervorosa oración de la bondad de Dios, de la ingratitud del hombre, del malogramiento de la sangre de Cristo, y herido con el rayo de la divina luz, ve súbitamente los estragos infinitos que hace un pecado; y saliendo con el pensamiento por esas calles y plazas, y penetrando en las viviendas y lugares de placer, ve á los pecadores riendo y holgando muy alegres, dados á pasatiempos y regocijos: junta luego un extremo con otro y se dice asombrado: ¡En pecado mortal, y pueden reír y estar alegres! Imposible. O no saben lo que es pecado, ó están locos. ¿Cómo les haré ver esta contradicción, y que sientan y palpén la ruina espiritual de sus almas, de suerte que la lloren y se compunjan?

Primero les expondré los **bienes** que han perdido, y **segundo** los **males** que se han acarreado pecando. Procuraré al principio despertarlos y moverlos al dolor de **atrición**, y después, si puedo, al de **contrición** perfecta. Sé que ésta es obra sobrenatural, mayor que la creación del mundo; mas sé también que la palabra de Dios es semilla del cielo, y que yo soy el sembrador de ella. ¡Dios mío!, es verdad que yo puedo plantar, puedo regar, mas Vos solo podéis darle crecimiento.

Y dando y tomando sobre ello, se fija en **tres** bienes y en **tres** males. Los bienes que han perdido son: la **filicación** divina, la presencia y **amparo de Dios** y el **premio** que habian merecido con sus buenas obras pasadas. Los males

¹ Léanse entre los nuestros al P. Francisco Arias, *Imitación de Cristo*, Parte III, Trat. 9; P. Eusebio Nieremberg, *Diferencia entre lo temporal y eterno*, Trat. IV, cap. 13. — *Aprecio y estima de la divina gracia*, Lib. II, cap. 3; Lib. IV, cap. 4; Lib. IV, cap. 2 y 8; Fray Luis de Granada, *Memorial*, Trat. II, cap. 3; *Gua de Pecadores*, Lib. II, cap. 3, y en toda la obra; P. Lapeute, *Cristiano en general*, Trat. III, cap. 4 y por todo el tratado. *Estado Seglar*, Trat. II; *Estado eclesiástico*, Trat. V, cap. 9. *Meditaciones*, Parte I, Med. 2, 3, 4, 5 y 6.

en que han incurrido se reducen en esta vida á que tienen contra sí á todo el mundo y al Hacedor del mundo, por este orden: a) Tenéis por enemigo á Dios. b) A las **criaturas**. c) A los **ángeles**. Y en este universal desamparo, ó, por mejor decir, en esta guerra de todo el mundo contra vosotros, no os queda ni el arrimo de la **oración** ni el de las **buenas obras**.

Hasta aquí la **primera parte**, enderezada á excitar dolor de **atrición** en los pecadores. Para encender el fuego de la **contrición**, se vale en la **segunda** de los **beneficios divinos**, con que arranca lágrimas de los corazones de piedra. ¿Cómo alcanza este efecto maravilloso? Estudiémoslo.

El oficio más excelente del orador es **levantar y apaciguar** los afectos del auditorio; y á quien Dios otorgó este don, téngase por rey de los corazones y señor de todo el mundo. Para comprender más fácilmente el arte de SÉNERI en la moción de los afectos, hay que considerar el **orden natural** con que se despiertan en el ánimo. He lo aquí. **Primero**, el objeto exterior impresiona el sentido, verbigracia, el ojo, como si veo que arde la casa. **Segundo**, la impresión hecha en el sentido conmueve la fantasía, en la cual nace la imaginación de lo bueno ó de lo malo. **Tercero**, con esta imaginación se remueven los humores, como la sangre, la bilis, etc., y esta conmoción es lo que llamamos **pasión**, porque en ella padecemos el sentimiento de dolor ó de placer. Lo dicho hasta aquí es común al hombre con los brutos.

Peró sigamos lo que en el hombre pasa. De aquel dolor ó placer percibido por los sentidos cáusase (y es lo **cuarto**) una aprensión ó juicio en el entendimiento, que me dice que hay ó me amenaza algo bueno ó malo. Lo **quinto**, esta viva aprensión arrastra la voluntad á la buena ó mala determinación, por ejemplo, á la venganza, y, el que así se determina, se dice que obra por pasión ó apasionadamente. Lo **sexto**, si la voluntad no se deja arrastrar de aquella primera aprensión, sino que manda al entendimiento que examine con madurez si aquel bien que nos propone la aprensión primera es verdadero ó sólo aparente, y se determina á obrar, no en fuerza del afecto que le arrastra, sino de la razón que señorea al mismo afecto, entonces obra con deliberación y conforme á prudencia. Pero estos seis pasos los recorreremos las más de las veces en un instante.

De aquí se colige una doctrina preciosa para el fin de la elocuencia, que es **persuadir**, ó sea impeler los ánimos á cosas arduas, para lo cual ayuda poderosamente este ó aquel afecto, encendido ó apaciguado. Jamás le es lícito al orador despertar afectos viciosos. Y llamo **viciosos** los que nos in-

clinan al vicio, ó muévennos á obrar sin ó contra el dictamen de la razón; y **virtuosos** á los que nos inclinan á la virtud, ó sea, aquellos movimientos que siguen á la razón, en cuanto aprueba por verdadero bien lo que apeetece el deseo.

¿Cuál es, pues, el **oficio del orador**? Excitar los buenos afectos y calmar los malos. ¿Cómo se alcanza? Avivando la **causa** de ellos. ¿Cuál es ésta? La **aprensión** ó concepto que el hombre se forma de que una cosa es buena ó mala, la cual opinión tendrá tanta mayor fuerza para mover, cuanto más grande aparezca el bien ó el mal que se ve presente ó muy cercano. ¿Y cómo se agranda este bien ó este mal en la elocuencia? Por medio de la **amplificación** y de la **descripción**. Aquélla engrandece los objetos, ésta nos los pone delante de los ojos; aquélla habla más al entendimiento, ésta á los sentidos; aquélla tiene mucho de **argumentación** y se vale de toda suerte de razones, ya sacándolas de las causas, ya de los efectos, ya de los antecedentes, ya de los consiguientes; unas veces de ejemplos, otras de testimonios; pero la descripción tiene más de **contemplación**, y su fin es acercar los objetos ó las personas, hasta que impresionen los sentidos y la fantasía del oyente.

Tomemos por vía de ejemplo este discurso. ¿Qué **intento** se propone? Que detesten y lloren el pecado mortal. ¿Cómo va á engendrar dolor y detestación de una cosa tan espiritual y alejada de los sentidos? **Amplificando** por una parte las razones de la fe, y **describiendo** por otra y poniendo ante los ojos los estragos del pecado en el alma del pecador, aunque muchas veces van juntas la amplificación y la descripción, y amplifica describiendo y describe amplificando; verbigracia:

Razón primera. Llorad, pecadores, porque perdisteis la filiación divina; ya no sois hijos de Dios. ¿Cómo lo **amplifica**? Con algunos testimonios. ¿Cómo **describe** y hace sentir una cosa tan espiritual? Con la pintura de Bsañ rugiendo de coraje y despedazándose, como león furioso, por haber perdido su mayorazgo. (§ II.)

Razón segunda. Llorad, pecadores, porque habéis perdido á Dios. ¿Cómo lo **amplifica**? Con la enumeración de los efectos que ha producido la presencia de Dios ó su ausencia en el alma. ¿Cómo lo **pinta**? Haciendo oír la voz de Dios—Yo soy contigo,—y haciendo ver á innumerables pecadores que todo lo pierden con la pérdida del sumo bien. (§ III.)

Razón tercera. Llorad, pecadores, porque habéis perdido todos los merecimientos de la vida pasada. ¿Cómo lo **amplifica**? Por enumeración de esclarecidos méritos. (§ IV.)

¿Cómo lo **describe** y acerca? Por medio de una **semejanza**, la del recio vendaval que asuela y destruye un rico huerto (§ V), y una **comparación** espléndida, la del día del llanto ó aniversario de la destrucción de Jerusalén. (§ VI.)

¿Con qué viveza sabe herir primero la vista y después los oídos del auditorio! **Los ojos**, con la pintura de aquellas gentes desventuradas, los judíos, que «en grandes bandadas y descompuestos pelotones, hombres y mujeres, viudas y doncellas, niños y viejos, comparecían todos vestidos de luto, destrenzado el cabello, la cabeza desgreñada, polvorientos, los ojos bajos, el semblante fúnebre, melancólico, silencioso», que «iban en busca de su antiguo templo... corriendo desatinados de barrio en barrio y de plaza en plaza». **Los oídos**, con aquellos aullidos lastimeros que lanzaban sobre las cenizas del Santuario... sobre las torres desplomadas, sobre los gazofilacios deshechos, sobre los pórticos derruidos, acrecentando el horror y melancolía «los instrumentos músicos, que respondían lúgubrememente á sus gritos y lamentaciones». ¿Cómo traspasan el alma los ecos de la trompa y de la cítara, «no festivas como en otro tiempo, sino destempladas y roncadas!» ¿Cómo lo aplica el orador á la ruina del templo espiritual, y llora sobre él, procurando herir sus ojos con el aislamiento de tantas virtudes, y sus oídos con aquellos lamentos: «¿Dónde está tu Dios? ¿dónde?...»

Razón cuarta. Llorad, pecadores, porque tenéis á Dios por enemigo. ¿Y cómo lo **engrandece**? Con el ejemplo del otro romano. ¿Cómo lo **acerca** y hace sentir? Con aquella pintura: «se fulminó contra vosotros la horrible sentencia de eterna condenación. Ya el infierno tiene abiertas sus fauces para tragarnos; ya los verdugos os esperan impacientes; ya os aguardan sus fuegos tragadores; ya las furias... que son los demonios, están aparejadas y con las bocas abiertas para haceros pedazos...» (§ VII.)

Razón quinta. Llorad, pecadores, porque todas las criaturas están armadas contra vosotros. ¿Cómo lo **engrandece**? ¿Cómo lo **aproxima** y hace ver? Con la explicación del *Ego vadam, et amputabo caput ejus*: con aquel otro, «¿qué sería si un animalaje ponzoñoso...? ¿Qué sería si os anegaseis en las corrientes...?» y, finalmente, con aquella visión del tribunal divino, «donde vibra la ira del juez, y luce la cuchilla, y levanta su brazo el verdugo, y se abre el bátray y suenan las cadenas que ya os arrastran» (§ VIII.)

Razón sexta. Llorad, pecadores, porque el ángel de vuestra guarda os desvía de sí. ¿Cómo lo **amplifica**? Por la enumeración de servicios prestados por santísimos ángeles á los justos. ¿Cómo **pinta** este desvío? Con aquella visión

del santo ángel, fuera de la estancia ó casa, que os está mirando «con lástima y llorando amargamente, y cuanto más os reís y soltáis las riendas al deleite y vana alegría, más lloran ellos y se deshacen en llanto»; y no menos con aquellas comparaciones: «¿Adónde irá la nave sin piloto... el carro sin conductor, el ciego sin guía, la oveja sin pastor?...» (§ IX.)

Para conmovernos más les quita el último arrimo y esperanza, y puede ser la

Razón séptima. Llorad, pecadores, porque, en tan universal desamparo, no os queda ni aun el refugio de la **oración** ó de las **buenas obras**. ¿Cómo lo **amplifica**? Por auto-ridades. ¿Cómo lo **describe**? Lanzándolos del coro general de todas las criaturas, y pintando á Dios como que tiene asco y se tapa las narices para no oler el incienso de sus obras, al parecer buenas (§ X), y á todas las criaturas y á los demonios conjurados contra el pecador. (§ XI.)

Razón octava. Llorad, pecadores, porque tantos daños son espirituales. ¿Y cómo lo **amplifica**? Por la comparación que hace de daños corporales. ¿Y cómo lo **acerca** y sensibiliza? Con la semejanza del rayo y ejemplo del rey David. (§ XII.)

Razón novena, para mover á **contrición**. Llorad, pecadores, porque, dado que no incurrieseis en calamidad ninguna, pero habéis disgustado á vuestro gran bienhechor. ¿Cómo lo **amplifica**? Por el ejemplo de San Policarpo y su aplicación afectuosísima. ¿Cómo lo **describe** y hace ver con los ojos y palpar con las manos? Presentándoles, no ya solamente á Dios Criador y Conservador, cosa que no se ve, sino á Dios Hombre, á Jesucristo su Redentor, espinada la cabeza, los ojos sangrientos, el costado roto... y, por fin, derribándose el mismo orador á los pies de sus oyentes, y suplicándoles por el sudor que vierte y por la sangre que desea derramar por ellos que no ofendan á su Dios, y, si quieren ofenderle, que sea donde no los alumbre el sol, ni sostenga la tierra, ni dé respiración el aire, ni sientan el influjo de los divinos beneficios. (§§ XIII y XIV.)

SEÑERI habla más á los ojos que á los oídos, porque no se le ocultaba que

*Segnius irritant animos demissa per aures
Quam quae sunt oculis subjecta fidelibus*¹;

y más hablaba aún con el ejemplo de su vida, con sus peni-

¹ Hor. Epist. ad Pisonem, vers. 180.

tencias espantosas, con su desinterés y despegamiento, con aquel aspecto de varón divino, ojos llorosos, ademanes nobles, voz llena y argentina, que vibraba en los oídos de las muchedumbres, ya terrible como la trompeta del arcángel, ya melancólica y profunda como las lamentaciones del profeta de Idumea.



DISCURSO VEINTINUEVE

CONTRA EL ESCÁNDALO

*Miserunt principes et pharisaei ministros,
ut apprehenderent Jesum.*

Enviaron los principes y fariseos sus ministros, para que prendiesen á Jesús.

(JUAN., VII, 32.)

EXORDIO

Si me preguntáis, mis amados hermanos, cuál es el principal obstáculo que se pone delante á los que empiezan á servir á Dios y emprenden animosamente el camino de la virtud, os lo diré al punto; son las contradicciones, son los contrastes que por necesidad han de sufrir de la insolencia de los menos buenos. Muy errado anda y muy equivocadamente piensa quien se imagina poder hallarse en este mal mundo un Isaac sin Ismael, un Jacob sin Esaú, una Ana sin su Fenenna, un David sin un Semei, un Mardoqueo sin su Amán, un Jeremías sin su Fasur, un Elías, finalmente, sin alguna arrogante Jezabel. ¿Qué significa esta perpetua oposición y contrariedad? Que anda muy errado, torno á decir, quien se imagine poder hallarse en este mundo un hombre de veras bueno sin la compañía de algún malo que le acose y persiga.

¿Quién más digno de ser amado que el Redentor del mundo, Jesucristo nuestro Señor? Leed los sagrados Evangelios, y no le veréis ocupado sino en derramar por todas partes beneficios. Infinitos son los rudos á quien enseña, los enfermos que sana, los muertos que resucita, los ende-

*A visceribus
causa.
i.ª parte. La te-
sis: todo justo tie-
ne un hombre que
le persiga;*

*por inducción del
V. T.*

(sinécdoque)

*del ejemplo de
N. S. ilustrado*